



La literatura como *locus* constructor de identidades. Una aproximación ficcional a los conflictos suscitados en torno a la consolidación urbana en el Perú

Literature as identity building locus. A fictional approach to the conflicts raised around urban consolidation in Perú

JESÚS JOSÉ DIEZ CANSECO CARRANZA¹

RESUMEN

La propuesta del texto se ubica en la línea socioliteraria. Introdujo procesos interdisciplinarios con el fin de construir, a partir de la narrativa urbana de Julio Ramón Ribeyro, un sistema relacional textual-social. Cualitativamente se articuló con la sociología de la literatura, antropología cultural y fenomenología literaria; describiendo las categorías filosóficas y socioantropológicas propias de la identidad peruana a partir de la literatura urbano-realista nacional; identificando formas de abordaje social desde la literatura urbano-realista y estableciendo relaciones epistemológicas entre literatura urbano-realista peruana y sociedad y consolidar, así, estrategias interpretativas e identitarias que partan de la relación texto-sociedad en el Perú. Los hallazgos más llamativos, nos aproximan a una identidad nacional no consustanciada, lo cual se evidencia en el espacio urbano y repercute en su conformación estructural. Asimismo, devela coordenadas socioculturales postmodernas, las mismas que se fortalecen gracias a la relación planteada entre literatura urbano-realista y sociedad.

Palabras clave: Identidad; Literatura realista; Fenomenología; Ciudad; Perú.

ABSTRACT

The text proposal is focused in a socio-literary field. Introduced herein are interdisciplinary processes with the purpose of constructing, from the Julio Ramon Ribeyro urban narrative, a relational-textual system. Qualitatively joining with the sociology of literature, cultural anthropology and literary phenomenology, this study describes the philosophical and socio-anthropological categories typical of the Peruvian identity starting from the national urban-realistic literature; identifying social forms of approach from the urban-realistic literature and establishing epistemological relationships between the Peruvian urban-realistic

1. Universidad César Vallejo, Perú | jjdiezcc@gmail.com

literature and society, and thus to consolidate interpretative and identity strategies that start from the relationship between text and society in Peru. The more striking findings bring us close to a national identity not consubstantial, which is evident in the urban space and impact of its structural conformation. Likewise it reveals socio-cultural post modern coordinates, the same ones that are strengthened thanks to the relationship approached between urban-realistic literature and society.

Keywords: Identity; Realist literature; Phenomenology; City; Perú.

INTRODUCCIÓN

A través del presente trabajo, trazaremos un horizonte epistémico que, desde la literatura urbano-realista, nos introduzca en el seno de un país donde, permanentemente, operan sustanciales procesos de transformación. Para ello es necesario tener en cuenta el contexto histórico-cultural donde esta forma de literatura se difunde con mayor impacto: la década de 1950 en adelante; punto cuya preeminencia se debe -en parte- a la superposición, en los nuevos centros rectores del país, de corrientes civilizatorias antagónicas. No obstante, y debido a la profusión del *corpus* textual existente, tomaremos como principal punto de referencia y contrastivo la obra narrativa de Julio Ramón Ribeyro. Para ello desplegaremos un análisis socioliterario eminentemente fenomenológico que tendrá a la estética de la recepción como principal eje metodológico y articulador. Del mismo modo, se tendrán en cuenta algunas posturas analíticas sociocríticas. Éstas serán abordadas a partir de la lectura-deconstrucción de algunos núcleos textuales tomados de la obra del autor de *La palabra del mudo*. En este punto, los alcances metodológicos de categorías narratológicas como personaje, narrador, espacio y tiempo, serán de suma utilidad.

Y es que la literatura no deja de ser una manifestación estética capaz de procesar diversos aspectos de la esfera social. Sin embargo, para que ella exista y sea dotada de cierto funcionamiento es necesario que exista, igualmente, un intercambio de valores entre el autor y sus lectores. En ese sentido, los ritos, héroes y conflictos extraídos de los textos literarios cumplen, además, una función social: la de generar un espacio de interacción de valores socio-históricos entre los sujetos que forman parte del circuito comunicativo: el autor y sus lectores. La literatura, por tanto, solo existe o se concreta en virtud de este intercambio social.

Fenomenología literaria y estética de la recepción

Antes de proseguir, debe mencionarse que la veta fenomenológica presente en la narrativa urbano-realista peruana es sustancial. Sin embargo, para llegar a ella, el lector (o analista) debe manejar ciertos tópicos filosófico-literarios y ostentar, a la vez, una gran destreza interpretativa y asociativa. En el caso de Julio Ramón Ribeyro, sus descripciones de corte objetivo, son más bien escuetas y muchas veces marcadamente concisas; la ciudad concurre, a través del actuar y pensar de sus personajes, en la puesta en marcha de sus conflictos, de sus modos de ver la vida, de enfrentarla y superar los obstáculos o de, simplemente, fenecer con ellos. Lo dicho se puede ver en el siguiente fragmento del relato “Mayo, 1940”:

Solo con el correr de los años nos daríamos cuenta de que ese terremoto que nos destruyó nuestra casa había removido el fondo de los seres y las cosas, que ya no volvieron a ser lo mismo. Fue como una señal que marcó una fractura en el tiempo. Lima perdería pronto su encanto de sosegada ciudad colonial... (Ribeyro, 2009, p.400 II).

Para Wolfgang Iser (s.f.), todo proceso de lectura orienta un análisis de cuño fenomenológico. Su punto de partida es el rastreo de la interacción existente entre los distintos enunciados. Imbuido en esta exégesis, el receptor establece una correlación de causalidad, incluso si el texto no proporciona una información completa y detallada.

Otro de los rasgos del texto literario, desde una perspectiva fenomenológica, es el no ser idéntico a los objetos reales o a las experiencias del lector, por más que hable de ellas. De esta oposición emergen variados grados de indeterminación, los cuales serán “normalizados” a través de la exégesis del lector, es decir, es él quien deberá hallar los vínculos entre texto, mundo real o sus experiencias. Tal indeterminación muestra el carácter polisémico de los textos. De ello se infiere que, para llegar a una interpretación cabal, primero debe crearse una ilusión que luego será confrontada y “normalizada” por el receptor.

Asumiendo la tesis de Iser (s.f.), uno de nuestros ejes analíticos fundamentales será la noción de individuo; en otras palabras, la figura del personaje literario. Es ésta que, en sus interacciones múltiples, delimita los espacios, circuitos comunicativos y, en cierta medida, las características y condiciones de producción del propio autor; lo cual se evidencia, sobre todo, en los personajes “foco”. Estos, en sus itinerarios, filtran, absorben y refractan las ideologías, creencias y ciertos rasgos psicológicos del creador empírico o biológico. No obstante, debe remarcar que el personaje literario no deja de ser un artificio lingüístico estudiado y analizado desde diferentes perspectivas. Es él, el principal portador de significación de los universos narrativos, en un movimiento que va del autor a sus narradores, luego a su foco textual y de allí al lector. El personaje es, semióticamente hablando, un elemento narrativo que posibilita el despliegue de la acción de los relatos.

Es así que el personaje trasciende el encadenamiento sintagmático de los textos y se vuelve parte de un proceso social, cultural e histórico que va más allá de la hoja de papel y se liga a la filosofía o visión de mundo del autor (y luego del receptor). Crear un personaje supone, pues, no verlo sólo dentro de un universo narrativo intrínseco o autosuficiente; es necesario, también, observarlo conformando una realidad sociohistórica y como portador de una significación que facilite la activación de una estructura semiótica de naturaleza dialógica. El sujeto de la narración (personaje), por el acto mismo de la narración, se dirige a otro, y es en función de ese otro que la narración se estructura y, a partir de allí, se establece un nuevo diálogo entre el sujeto de la narración y el destinatario. El personaje, objeto de ese intercambio, se torna portador de un horizonte de experiencias, en una representación que se “empapa” de la problemática humana con el fin de asignarle otro significado y es este dispositivo textual, lanzado desde y hacia la profundidad del hombre, lo que, desde la literatura, expone su densidad física y existencial.

El personaje, remarca Elizabeth Sosa (2007), emerge como una representación trascendente que yace en el texto narrativo, como una muestra del universo ideológico verbal que se establece entre autor y receptor y cuya naturaleza se fortalece en una dimensión polifónica. Desde esta perspectiva fenomenológica, el hombre-personaje existe a través de una noción de realidad refractada que se manifiesta en un mundo de posibles repertorios o símbolos. Se configura, así, un individuo, en el marco de un universo ficticio, que vira en imagen de hombre, la cual ofrece una operatividad específica según las relaciones entabladas en la abstracción ficcional.

En consecuencia, el personaje es una proyección -más o menos distorsionada- de una voz que es también proyección de un autor empírico debidamente posicionado. En el seno de este entramado se construye al personaje, el mismo que configura un contexto e invita al lector a reconstruir el suyo propio. La noción de identidad cobra especial realce en este punto. Los individuos-personajes que surcan las páginas de la prosa ribeyriana, por ejemplo, interactúan entre ellos y construyen no sólo un contexto sino su propia identidad; ésta, a la vez, es refracción de los contextos socio histórico-empíricos donde se insertan productor y receptor. Sin embargo, como bien se dijo, esas identidades individuales forman un conjunto, una sumatoria, que se constituye en base a coincidencias, pero, sobre todo, a desencuentros, a colisiones, a conflictos que definen un contexto físico extratextual pero, especialmente, un modo de ser, una identidad, surcada por quiebres muy propios de una sociedad atrapada en un interminable proceso de gestación.

Como se aprecia, la literatura constituye una estrategia peculiar de abordaje social. Lejos de aislarse y enclaustrarse a través de procedimientos inmanentes que sólo contemplan las relaciones internas de los textos, ésta, tiene la necesidad de abrirse y entablar relaciones (sintagmáticas como paradigmáticas) no sólo en el texto mismo sino con textos afines, disímiles y con la sociedad misma. Es por eso que, semióticamente hablando, una de sus metas es conformar redes de sentido profundas donde se aborden y deconstruyan textos y procesos histórico-sociales-culturales que promuevan un conocimiento más detallado de nosotros mismos y propongan, a la vez, modelos culturales que coadyuven a la organización de los contextos vinculados. Abordar-deconstruir el texto literario no sólo es buscar sus elementos profundos sino relacionarlos con sus entornos próximos con el fin de conocer, más allá del mero deleite estético, los mecanismos culturales íntimos con los que se puedan reconstruir los contextos cuyo devenir resulte fundamental en la configuración de ésta y otras naciones.

Ciudad, literatura e identidad a la luz de los nuevos paradigmas filosófico-sociales

Considerando que el territorio peruano constituye un locus múltiple, conflictivo y proteiforme, nuestra propuesta socioliteraria de cuño fenomenológico se centra, más bien, en las problemáticas desencadenadas en territorio urbano tras el inevitable choque entre la modernidad occidental y los grandes contingentes “alterizantes” de raigambre provinciana e indomestiza. Sin embargo, a la luz de las nuevas tendencias gnoseológicas, los cambios epistémicos y la variabilidad de los objetos de estudio es preciso tener en cuenta los alcances de ciertas herramientas teórico-metodológicas y de categorías surgidas en torno a este tipo de fenómenos.

Para Ana Elena Porras (2002), la antropología cultural de los 90's adoptó y desarrolló los postulados posmodernistas, entre los cuales se pueden identificar: el rechazo a cualquier presunción de homogeneidad, unidad, hermetismo, superioridad y objetividad, atribuidos a las culturas. Este paradigma facilita y valora epistemológicamente casos (como los de los países latinoamericanos) caracterizados por su diversidad, fluidez, dependencia internacional y naturaleza problemática en lo que respecta a la identidad nacional. En este contexto paradigmático, habrá que cuestionarse todo, no dar por sobrentendida la existencia de una identidad nacional única, ni presumir mucho menos su condición de objeto homogéneo, hermético, unificado, objetivo ni coherente. Las identidades regionales o nacionales podrían concebirse como construcciones compartidas por una comunidad determinada, durante un período histórico dado. De esta forma, se acepta su condición subjetiva, plural, cambiante y fluida, al mismo tiempo que se reconoce su especificidad. Esta posición tiene la ventaja de reconocer el carácter inherentemente subjetivo y plural de las identidades, al mismo tiempo que descubre su "realidad": una realidad específica, múltiple y rizomática.

La identidad nacional, para esta estudiosa (2002), es una modalidad de la cultura que se construye narrativamente, utilizando recursos retóricos en su configuración, tales como la anécdota, la historiografía, la leyenda, el símbolo, la metáfora, la citación y la repetición. Por lo tanto, afirmar que la cultura nacional es como un sueño (simbólico, inconsciente) y la identidad nacional como una metáfora (alegórica, consciente o inconsciente) no equivale a negarles su condición real. Por el contrario, significa que la cultura, en su afán por explicar y dar sentido a las experiencias históricas, sociales y personales excede la capacidad cognoscitiva de la lógica clásica, del lenguaje llano y su sentido literal. En consecuencia, las culturas y sus narrativas de identidad nacional construyen, como complemento de la lógica, un pensamiento estético cuyo lenguaje alegórico expresa más fielmente la complejidad, comprensión, dinámica y creatividad de esa extraordinaria experiencia humana que es la identidad nacional. He allí el creciente interés por rastrear elementos identitarios (cohesivos o dispersantes) en los *corpus* de las diversas literaturas (regionales o nacionales).

Por otro lado, Cristián Cisternas Ampuero (2006) pone en evidencia la necesidad profunda de redescubrir y "desautomatizar" la imagen rutinaria y familiar sobre la ciudad. Entre las estrategias textuales más llamativas, para que esto ocurra, tendríamos la incorporación de las voces de la ciudad a la enunciación, las intertextualidades y la representación del propio escritor como sujeto ligado a la urbe, lo cual obliga a "leer" en una ciudad, simultáneamente, a otras ciudades reales o textuales que la complementan o anteceden. Asimismo, el viaje de aprendizaje, el cronotopo de la memoria, el descenso al infierno, la ciudad escatológica, etc., todo lo cual se contextualiza en un proceso de maduración que deviene en desengaño,

El desarrollo de las ciudades latinoamericanas, recalca Cisternas (2006), enfocado desde la óptica de las visiones desarrollistas y evolucionistas de la sociología europea y anglosajona, comienza a virar y alumbrar una concepción cronotópica de la realidad latinoamericana que implica la irrupción de tiempos y espacios diversos, heterogéneos, con problemáticas sociales, filosóficas, políticas y estéticas, desde coordenadas preferentemente locales o propias. Dicha resolución debe pasar, necesariamente, por un examen de la comunicación social a

la luz del lenguaje literario, única herramienta capaz de aproximar a las subjetividades enfrentadas (el mundo artificial-urbano transformado en memoria).

Enriqueciendo esta última postura, Laura Eugenia Tudoras (2004) refiere que cuando se habla de ciudad, de su espacio interior, es imprescindible mencionar el nivel antropológico. Los lugares o fragmentos de lugares que forman el espacio no pueden percibirse como si tuvieran una vida independiente, sin tener en cuenta lo más importante: el ser humano.

Para Tudoras (2004), son los trayectos antropológicos los que hacen que los elementos constituyentes de lo urbano, las formas y la materia impliquen un significado. Lo humano percibe el espacio urbano, lo interpreta y le da sentido (o lo convierte en arte). El espacio se ha vuelto subjetivo, no existe más que a través de la percepción que el individuo tiene de él. Más que el espacio propio y concreto de la realidad física, son otros espacios posibles, intermedios, imaginados e imaginarios, dotados de una realidad mental objetiva: espacios mentales, ámbitos que inventamos a lo largo del discurso artístico o literario y que estructuramos por medio de estrategias. La imagen de la ciudad contemporánea, configurada como ficción literaria, insiste, pues, en una modalidad perceptiva de ciudad postmoderna que se ajuste a la expresión de sus cambios continuos, de su evolución, de su funcionalidad, de las modalidades relacionales (nada ortodoxas) propias de la espacialidad urbana actual.

El neorrealismo urbano de la Generación del 50, Ribeyro y la ficcionalización identitaria de los nuevos actores urbanos del Perú contemporáneo.

La narrativa peruana de los últimos 70 años, como recuento de toda esta problemática identitaria, representa y recrea tales fenómenos conformacionales. Uno de ellos (sino es el principal) es que el proceso modernizador peruano nunca logró “cuajar” y mostrar resultados constitutivos sustanciales. Motivados por este desfase, los escritores de la “Generación del 50” y sus sucesores, principalmente, tornan a la urbe en un espacio de reelaboraciones escriturarias, afirmando la perspectiva de un neorrealismo en el que Lima, metrópoli emergente, aparece como marco espacial y elemento catalizador de distintas fuerzas generatrices.

Los escritores urbano-realistas desarrollan, así, un proyecto narrativo conectado con una urbe afectada, fácticamente, por cambios abruptos. En otras palabras, por la irrupción de prácticas, temporalidades, lógicas y cosmovisiones diversas. Como habitantes de ese espacio sometido a condiciones de país en vías de desarrollo y dependiente, dichos hombres de letras construyen un *locus* imaginario y alterno, correlato, acaso, de aquél otro marcado por el avance de alteridades y contrahegemonías. Todo ello hace que las situaciones observadas en la realidad inmediata aparezcan refractadas en el texto literario y generen la posibilidad de abordajes socioantropológicos como, también, la textualización ficcional de fenómenos socioculturales concretos. Ante una modernidad naciente, deshumanizada y desencantada, los “cronistas” urbanos, trazan, en sus narrativas, la nueva faz de una ciudad gris y desbordada.

Lima, en consecuencia, comienza a representarse de acuerdo a coordenadas socioculturales específicas, muy distintas a las vinculadas al mito de “la arcadia colonial” (Salazar Bondy,

1974). Sus actores, convertidos en personajes y narradores ficcionales, diseñan identidades individuales o grupales a través de la reapropiación del territorio urbano. Esto puede apreciarse a través de itinerarios, escalas y mapas simbólicos que intentan tornar habitable ese nuevo modelo de ciudad. Ello puede observarse en el siguiente extracto del cuento “Dirección equivocada”

Mientras esperaba el ómnibus que lo conduciría a Lince, se entretuvo contemplando la demolición de las viejas casas de Lima. No pasaba un día sin que cayera un solar de la colonia, un balcón de madera tallada o simplemente una de esas apacibles quintas republicanas, donde antaño se fraguó más de una revolución. Por todo sitio se levantaban altivos edificios impersonales, iguales a los que había en ciudades del mundo. Lima, la adorable Lima de adobe y de madera, se iba convirtiendo en una especie de cuartel de concreto armado (Ribeyro, 2009, p. 251 I).

Lima, por otra parte, no aparece como un enclave de fisonomía única o paisaje urbano reconocible por sus calles o monumentos, sino como un conjunto de situaciones humanas o modos de estar y de vincularse con la realidad. La capital peruana, diseñada como una cuadrícula perfecta, a decir de Martínez Gómez (1997), aparece de una manera distinta: los puntos equidistantes se alteran, la simetría de las distancias se destruye y toda la armonía se disloca de manera que la imagen del orden y la medida queda rota en virtud del itinerario de sus personajes, para tornarse en una geografía desnivelada, inconexa, postmoderna. No obstante, existe una marcada tendencia de rescatar los vestigios de la ciudad antigua, los lugares que parecen resguardar un enigma, una sabiduría perdida; en definitiva, espacios míticos como pueden ser la antigua hacienda Santa Cruz en Miraflores y sus eucaliptos, Barranco, los acantilados de la Costa Verde con sus malecones, el centro de Lima, la huaca Juliana, etc.

La urbe, en estas coordenadas, nunca aparece descrita con detalle; ésta se insinúa a través de ciertos elementos de la diégesis: los paseos solitarios e introspectivos de los personajes, los indicios de un ambiente gris y lluvioso, la imagen de una ciudad de casonas y palacios en decadencia o cierta perspectiva de ciudad misteriosa, de cúpulas y campanarios brumosos. En definitiva, una ciudad donde el sujeto ficcional, lejos de la estética naturalista, traza el enigma de su existencia y transforma sus impresiones del entorno urbano en el correlato sensorial de su estado anímico, como tal se puede apreciar en estos fragmentos del cuento “Los eucaliptos”, “La gente del pueblo llamaba a nuestro barrio Matagente. En aquella época no había alumbrado público. De noche las calles eran tenebrosas y nosotros las recorríamos alumbrándonos con linternas” (Ribeyro, 2010, p. 186 I). Y “Estos árboles eran como los genios tutelares del lugar. Ellos le daban a nuestra calle el aspecto pacífico de un rincón de provincia (Ibídem).

Este planteamiento, coloca a la ciudad como otro personaje. Como alguien dirigiendo las acciones de los personajes o como algo sugerido y ligado a quienes la habitan. Estas estrategias narrativas son responsables, en gran medida, de la ontologización de ese espacio otrora sacro, ahora decadente. Ellas se encargan de proyectar un escenario alterno donde la ciudad antigua, misteriosa y mágica confluye junto a la ciudad moderna, monstruosa y

oscura; donde la fabulación de sus “geografías” (físicas y humanas) parece aflorar en la hiperestesia de sus habitantes.

Como un ejemplo de lo afirmado, Ribeyro se sumerge en esa percepción anímica del cambio social de la urbe, cuya fisonomía, también cambiante, exterioriza las visiones de sus antiguos y nuevos habitantes. En la narrativa ribeyriana, el proceso de acelerada mutación resulta una constante temática, recreada desde puntos de vista variados y que abarcan el espectro social en su conjunto. Esto se puede apreciar en el extracto de la novela *Los geniecillos dominicales*, presentado a continuación:

Llega a su casa con la doble depresión del día que termina y del año que se acaba. Mientras vaga por las habitaciones oscuras trata de encontrar en el año agotado uno de esos momentos dorados que hace soportable la vida: no ve otra cosa que interminables viajes en ómnibus, colectivos, taxis y tranvías, que casas chatas envueltas en una voluta de cornisas, que páginas de calendario amontonadas, que hombres mutilados o deformes, que mujeres de espaldas, que escribanías, que copias sucias de derecho, que incursiones semanales a un bar de Surquillo. ‘El paraíso de la mediocridad’, se dice y enciende la luz de su cuarto. (Ribeyro, 2001, p.3)

La crítica sobre la obra de Ribeyro suele enfatizar que su narrativa se centra, con especial interés, en figuras que deambulan por calles apenas sugeridas. Es en estos recorridos que la ciudad se articula y vislumbra. Para ello, los narradores ribeyrianos se valen de figuraciones de individuos que viajan o vagabundean a través de los recovecos de una ciudad agonizante, en busca, acaso, de algún tipo de refugio. Tal actitud se enraíza en una filosofía humanística: la de quien no fenece ante “la tentación del fracaso” y persevera, aunque nunca gane, en la concreción del sueño irrealizable.

El mito de la arcadia colonial termina por desmoronarse y lo que aparece a los ojos del lector es una realidad pedestre, próxima, en todo caso, a la “Lima la horrible” de Salazar Bondy. Castradora, violenta y opresiva, Lima, acaso compendio del Perú, asoma en el imaginario del autor y por consiguiente en sus construcciones literarias, como una entidad destructiva y maligna; como un espacio cada vez más restrictivo e inhabitable conforme se expanden el impacto modernizador y la huella del “otro”. Esto puede percibirse en este extracto tomado del relato “La casa de playa”:

La ocupación de Conchán por una tupida clase media motorizada –un nuevo peligro se había cernido sobre ese lugar: los habitantes de los pueblos jóvenes surgidos detrás de las colinas arenosas descendían como hormigas por la empinada pendiente de Lomo de Corvina y al cabo de una hora de caminata cruzaban la Panamericana y se repartían por todo el litoral con sus pelotas de fútbol, sus cacerolas, su prole interminable y sus ropas de baño caseras, generalmente calzoncillos en los hombres por cuyos bordes jetones asomaban testículos lampiños. Este fenómeno – la gradual pero indefectible transformación de Conchán de playa para privilegiados en playa popular, podía tener un alto interés para sociólogos, antropólogos o politólogos, pero Ernesto y yo éramos solo artistas de bolsa más bien escasa y edad algo provecha cuyo único interés era encontrar un lugar tranquilo donde pasar el resto de nuestros días (Ribeyro, 2009. P. 366 II).

La identidad peruana aparece, desde esta perspectiva analítica, como un constructo aún incompleto. En la naturaleza constitutiva de la nación peruana priman fuerzas dispersantes o centrífugas (y no tanto rizomáticas) a lo cual se suma el modelo gubernamental (de una ciudad oficial) incapaz de operar en función de la diversidad sociocultural. Se interpreta, en consecuencia, que la nación peruana es eminentemente multicultural más no intercultural. Sus partes, lejos de mitigar las diferencias étnico-sociales, las mantiene (mayoritariamente hibridadas o transformadas), en virtud a un evidente proceso transcultural, como tal se aprecia en el siguiente fragmento de la novela *Los geniecillos dominicales*:

Ludo se vio de pronto en el segundo piso de la facultad de Derecho, bordeando las barandas que daban sobre el patio. Grupos rumorosos, la fuente acrobática, los jardines, los árboles y el sol. Y una población horrible, la limeña, la peruana, en suma, pues allí había gente de todas las provincias. En vano buscó una expresión arrogante, inteligente o hermosa: cholos, zambos, injertos, cuarterones, mulatos, quinterones, albinos, pelirrojos, inmigrantes no blancoides, como él, choque de varias razas. Eran los rostros que había visto en el Estadio Nacional, en las procesiones. En suma, una raza que no había encontrado aún sus rasgos, un mestizaje a la deriva. Había narices que se habían equivocado de destino he ido a parar sobre bocas que no les correspondían. Y cabelleras que cubrían cráneos para los cuales no fueron aclimatadas. Era el desorden. Ludo mismo era fisonómicamente desordenado. Tal vez dentro de cuatro o cinco generaciones cada rasgo encontraría su lugar, al cabo de ensayos disparatados. Por lo menos el indígena puro tenía una expresión, es decir, un contenido. pero lo penoso era que el indígena trataba de disimular su nobleza y la recubría con elementos prestados, el peinado del cholo, el traje del blanco, el andar del zambo, las maneras y los dichos de todos ellos y resultaba a la postre una Constantinopla de gestos y envoltorios. ‘es el humus de donde nacerá la flor’, se dijo Ludo a manera de consuelo... Y continuó su camino, evocando a ciertas mestizas mexicanas, a ciertas rosadas sajonas, que repetían hasta el infinito su hermoso sello facial al fin encontrado después de siglos de equivocaciones (Ribeyro, 2001, p.p. 102-103).

CONCLUSIONES

Luego de desplegar este escueto abordaje identitario (fenomenológico-socio-literario) a partir de la literatura urbano-realista (o neorrealista) peruana, afirmamos, en primer lugar, que existe una relación estrecha entre literatura y sociedad. Se afianza, con esto, no la teoría del espejo sino la de la refracción o del “espejamiento”. La literatura no retrata los fenómenos humanos y sociales si no que los refracta o procesa a través de distintos filtros y los entrega para que estos sean interpretados por posibles lectores, según competencias socioculturales específicas. De acuerdo a lo mencionado, el Perú muestra un mapa social nuevo, según el cual, lo relatado en las ficciones indigenistas clásicas se trasvasa dentro de los linderos de la ciudad. En este espacio, los roles de los actores sociales se movilizan y la pugna entre gamonal y comunero dentro de las coordenadas ciudadanas se transforma en una pugna entre sujeto burgués-ciudadino y sujeto urbano-marginal. Por tal motivo, hasta hoy, no podemos hablar de horizontalidades estamentales bien definidas.

Finalmente, que la producción narrativa de la generación del 50, de Julio Ramón Ribeyro (principalmente) y de los movimientos posteriores, es, dentro del campo literario peruano, una evidencia sensible de la configuración identitaria y social de la sociedad urbana

nacional. Tal narrativa expone los orígenes de una problemática que, a la fecha, si bien ha operado ciertos cambios constitutivos, no deja de mantener su esencia beligerante. Según lo expresado, sólo algunos sectores “se modernizan” lo cual es incapaz de incidir en el desarrollo orgánico del país. A partir de lo expuesto, la nación peruana se define como un conglomerado humano desarticulado donde la sociedad limeña configura un compendio del “drama” nacional.

REFERENCIAS

- Cisternas Ampuero, C. (2006). *Imagen de la ciudad en la literatura hispanoamericana y chilena contemporánea*. (Tesis doctoral). Universidad de Chile, Chile. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/108884/Imagen-de-la-ciudad-en-la-literatura-hispanoamericana-y-chilena-contemporanea.pdf;sequence=3>
- Iser, W. (s.f.). *El proceso de lectura. Una perspectiva fenomenológica*. Argentina: Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/iser_el_proceso_de_lectura.pdf
- Martínez Gómez, J. (1997). *El cuento hispanoamericano del siglo XX. Teoría y práctica*. La Coruña: A Coruña Universidade.
- Porras, A. (2002). *Configuraciones de identidad nacional (Panamá: 1991-2002)*. (Tesis doctoral) PUCP, Perú. URI: <http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/123456789/65>
- Ribeyro, J.R. (2001). *Los geniecillos dominicales*. Lima: PEISA.
- Ribeyro, J.R. (2009). *La palabra del mudo*. (Tomos I y II). Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Salazar Bondy, S. (1974). *Lima la horrible*. Lima: PEISA.
- Sosa, E. (2007). El personaje literario: una expresión fenomenológica de la realidad en la literatura. *Letras*, 49(74), 152-178. Recuperado de http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0459-12832007000100006&lng=es&tlng=es
- Tudoras, L. (2004). *La configuración de la imagen de la gran ciudad en la literatura postmoderna (ámbito románico)*. (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid. España. Recuperado de <https://biblioteca.ucm.es/tesis/fl/ucm-t27819.pdf>